

Los relatos nacionales en Iberoamérica - ¿imaginación política o literaria?

Brigitte Koenig, Alemania

Antes de tratar de contestar a la pregunta que sugiere el título de estas reflexiones, me gustaría citar a Mabel Moraña que dice en un ensayo escrito para la Revista de Investigaciones Literarias:

“Hoy nadie duda de que el surgimiento de las naciones latinoamericanas fue, más allá de la peripecia épica y del juego de intereses que dominaron la escena política durante el largo lapso de destotalización colonial, un ejercicio de la imaginación.”¹ (Moraña, 1995: 91)

Es decir que la imaginación desempeñaba un papel importante en la realización misma de la formación de los nuevos estados nacionales. Los actores del movimiento emancipador sí tenían toda una gama de modelos – las repúblicas de la antigüedad griega y romana, la Revolución Francesa y su ideario, los Estados Unidos en el Norte de América – y estudiaban sus detalles, pero al mismo tiempo su propia realidad política, geográfica, geológica, social y cultural era tan diferente que necesariamente tuvieron que encontrar soluciones y reacciones específicas que requerían verdaderos procesos de imaginación e invención.

Para volver sobre el título dado a este artículo, hay que preguntar cuáles son los relatos nacionales en Iberoamérica. Pienso que existen muchísimos tipos de estos relatos – la epopeya, el poema, la novela, la biografía, el informe, la carta, el discurso, la proclama y otros más.² De ellos, voy a detenerme en algunos pocos.

En primer lugar, los relaciono con la época de la Independencia cuando las diferentes regiones del imperio colonial español luchaban por su independencia política. Son los escritos de los mismos próceres y héroes de la Independencia los que tenemos que incluir en el canon de los relatos nacionales. Sus reflexiones sobre una posible estructura política de los Estados o regiones por cuya libertad o independencia estaban luchando relataban el futuro de las naciones que anhelaban, y contenían necesariamente, al lado de los análisis basados en hechos reales, una buena parte de imaginación. Simón Bolívar, por ejemplo, en su famoso Discurso del 15 de febrero de 1819 en el Congreso de Angostura, imaginó un Estado grande formado de Nueva Granada y Venezuela (Presidencia de la República, 1962: 210-240). Este proyecto, como muchos otros, fracasó. Poco tiempo antes de su muerte, el Libertador, a base de algunas

¹ El subrayado es mío.

² El conjunto de las proclamas, p.e., forma un extenso corpus de textos que podemos incluir en aquél de los relatos nacionales. Ver Brigitte Koenig 2006.

seguridades que había adquirido en veinte años de gobierno – América es ingobernable; quien sirve a una revolución ara en el mar – imaginó una América de muchas regiones sueltas y bajo el mando de muchos caudillos y pequeños tiranos, una profecía que en cierto sentido y particularmente en algunas épocas de la historia de América Latina se ha hecho realidad (Bolívar 1950: 501 ss.). Como el estilo de los escritos de Simón Bolívar presenta la lengua castellana en una cumbre lingüística, podemos hablar en este contexto no solamente de una imaginación política sino que también literaria.³ – El lenguaje y el estilo de Bolívar han sido objeto de elogios innumerables y son el resultado no solamente de un talento lingüístico sobresaliente sino que también de muchas lecturas.⁴

Otros relatos nacionales me parecen ser los importantes textos de los historiadores que relatan, desde una posición posterior, las grandes hazañas de los luchadores prominentes de las guerras de independencia y elogian los empeños políticos de los nuevos dirigentes. Para Colombia, se puede pensar en José Manuel Restrepo (1827/1857); para Venezuela: Rafael María Baralt (1841); para Argentina: Bartolomé Mitre (1857, 1887); para Chile: Diego Barras Arana (1854/1858); para México: Carlos María Bustamente (1828/32); Lucas Alamán, para nombrar a algunos pocos. Todos ellos persiguen un fin determinado: promulgar la fama de los héroes, alentar la política nacional, fortalecer una conciencia colectiva de identidad, ayudar a crear la nación.⁵

Veo un tercer género de los relatos nacionales en los textos ficcionales. Por su amplia y prolongada recepción son de una importancia trascendental en nuestro contexto y, por eso, en lo que sigue voy a concentrarme en ellos.

Los textos poéticos de la época – o textos posteriores pero que representan su pensamiento – querían a su manera contribuir a la formación de un sentimiento de identidad y de nacionalidad. Ejemplos muy tempranos los encontramos en textos líricos, tal como *La lira argentina*⁶, elogios líricos de las luchas contra los ingleses, editada en 1824 por Ramón Díaz, pero que contiene también un texto como la *Oda al majestuoso Río Paraná*, un himno neoclásico sobre la grandeza del suelo americano. Otro ejemplo sería *La victoria de Junín – Canto a Bolívar*, del ecuatoriano José Joaquín de Olmedo, que más allá de la panegírica, evoca los nevados de los Andes, la figura del inca Huayna Capac y otros elementos de la realidad de su mundo y de su historia que sirven de símbolos del nuevo orgullo americano.

Pero indudablemente, los textos narrativos juegan un mayor papel en el contexto de los relatos nacionales. Leonardo García Pabón los llama “novelas nacionales”, y las define como textos ficcionales que por medio de símbolos, arquetipos y hechos históricos narran la nación, fundan sus orígenes, sueñan su futuro, definen sus pueblos y sustentan – dentro de ciertos límites – la ideología del Estado (Pabón, 1995: 125). En las novelas nacionales, pues, podemos

³ Entendido el concepto de “literario” como fenómeno de una obra de arte lingüística.

⁴ Ver, p.e., Sociedad Bolivariana de Venezuela, 1964: 447: “Como escritor, maneja una prosa densa de ideas, pero clara, concisa, relampagueante en su forma; en su lenguaje alternan las intuiciones deslumbrantes, las imágenes poéticas, y las máximas que condensan la sabiduría de un sagaz observador del hombre y del mundo. [...] pues aun cuando el caso de Bolívar sea excepcional, no sólo como político o guerrero, sino también como escritor, no hay duda que quien manejaba el idioma como él tenía que haber leído mucho.”

⁵ p. e. José Manuel Restrepo 1969: 15 ss. (primera edición 1827 en París): “El deseo de recordar los hechos de los ilustres guerreros y de los políticos que han fundado la República de Colombia, nuestra patria, nos ha puesto la pluma en la mano [...]. Mas para que la posteridad pueda juzgar imparcialmente sobre los inmensos beneficios que la revolución debe traer a los pueblos de Colombia, y para que vea los progresos del espíritu humano en estos países, es necesario fijar el punto de donde partió.” – Ver también Hans-Joachim König, 2004a.

⁶ Ver el ensayo de Alicia Chibán en este tomo.

ver una imaginación literaria pero también política.

Doris Sommer las ha llamado “novelas fundacionales” (1991)⁷. Un texto fundacional – aunque no un ejemplo claro del género de la novela⁸ – es *Facundo. Civilización y barbarie*, de Domingo Faustino Sarmiento. Raymond D. Souza hace hincapié en el carácter híbrido de esta obra cuando constata que aunque el texto se basa en fuentes históricas y sociológicas, es primariamente un vigoroso trabajo literario: la imaginación creativa del autor es su más poderoso elemento (1988: 20). Otro texto fundacional para la Argentina sería *Amalia*, de José Mármol, una novela que tematiza la dictadura de Juan Manuel Rosas, la violencia por parte de la Mazorca, los escuadrones de muerte del dictador, y los conflictos entre Federales y Unitarios. Y un tercer texto fundacional de la literatura argentina es *Martín Fierro* por José Hernández, que mistifica la vida y la cultura de los gauchos quienes en el momento de escribir la epopeya, ya no existieron.⁹ Para Colombia, podemos pensar en *María* de Jorge Isaac, la novela más leída en la América Latina del siglo XIX, en *La Vorágine* de José Eustacio Rivera y para Chile, en *Martín Rivas* de Alberto Blest Gana.

Los relatos nacionales, los narran tanto los historiadores y los políticos como también los literatos. En América Latina, tal vez más que en ninguna otra parte del mundo, los historiadores, los políticos y los literatos formaban el grupo de los llamados “letrados”. Muchas veces estos letrados eran las tres cosas al mismo tiempo.

Muchos estadistas que esbozaban las nuevas constituciones nacionales y establecían un orden político en la base legislativa eran al mismo tiempo los autores que escribían y editaban las mencionadas ficciones fundacionales. La literatura aún no era autónoma sino que estaba totalmente al servicio de la formación de los estados y de las naciones. Estos letrados, los pensadores de la Independencia y de la formación de la nación, hijos de la Ilustración todos, creían en la fuerza emancipadora de la cultura escritural. Querían integrar las nuevas naciones latinoamericanas en una cultura occidental.

Uno de estos letrados fue el mexicano Ignacio M. Altamirano, “uno de los más completos hombres de letras de su tiempo”, como dice María del Carmen Millán en su introducción a los dos textos *El Zarco* y *La Navidad en las montañas*, los cuales voy a mirar un poco más de cerca (Altamirano, 1984). El niño Altamirano, hijo de indígenas puros, obtuvo una beca para escolares indios e ingresó al Instituto Literario de Toluca. Más tarde luchó en la revolución de Ayutla, en la Guerra de Reforma y contra la intervención francesa. Fundó después diversos periódicos y colaboró en muchos más. Fue profesor de la Escuela Nacional Preparatoria, la de Comercio, la de Jurisprudencia y la Nacional para maestros. Desempeñó puestos públicos como Magistrado de la Suprema Corte de Justicia, Procurador general de la Nación, Oficial Mayor de la Secretaría de Fomento, Diputado al Congreso de la Unión, Cónsul General de México en Barcelona y en Francia y otros más. Es decir, Altamirano representa

⁷ Ver p. 6 ss: “Romantic passion, on my reading, gave a rhetoric for the hegemonic projects in Gramsci’s sense of conquering the antagonist through mutual interest, or “love”, rather than through coercion. [...] nation-building projects invested private passions with public purpose”.

⁸ Roberto González Echevarría. 1988: 387 ss: “Facundo, como es sabido, es un libro imposible de clasificar: es un estudio sociológico de la cultura argentina, un panfleto político contra la dictadura de Juan Manuel de Rosas, una investigación filológica de los orígenes de la literatura americana, la biografía del caudillo Facundo Quiroga, la autobiografía de Sarmiento, la nostálgica evocación de la patria por un desterrado político, una novela basada en la figura de Quiroga.”

⁹ Hablando sobre *Amalia* y *Martín Fierro*. Doris Sommer constata que las dos narraciones tratan de los conflictos de la Argentina del siglo XIX para demostrar la necesidad de la reconciliación. Tanto el Neo-Unitarismo conciliador de Mármol como también el federalismo reformado de Hernández quieren consolidar una nación más que defender la autonomía provincial (1991: 111 ss).

a aquel letrado que se compromete en tareas públicas y que al mismo tiempo se entiende como autor literario, no sólo para entretener a los lectores, sino para educar a la nación.¹⁰ En su manifiesto "Literatura Nacional" (1868) insiste en la necesidad de escribir novelas, no solamente para llenar los vacíos de la historia, sino que también para corregir las perniciosas versiones extranjeras de la historia mexicana y poner en su lugar versiones auténticas y constructivas. Celebra los muchos tópicos y temas que su patria ofrece para escribir novelas históricas excelentes:

"¿Pues acaso Fenimore Cooper tuvo más ricos elementos para crear la novela americana y rivalizar con Walter Scott en originalidad y en fuerza de imaginación? [...] Nuestras guerras de independencia son fecundas en grandes hechos y terribles dramas. Nuestras guerras civiles son ricas en episodios [...] no han sido todavía recogidas por la historia ni por la leyenda [...] ¿Y el último Imperio? ¿Pues se quiere [...] un asunto mejor para la epopeya? ¡El vástago de una familia de Césares, apoyado por los primeros ejércitos del mundo, esclavizando a este pueblo! ¡Este pueblo mísero y despreciado, levantándose poderoso y enérgico sin auxilio [...]!"¹¹

Altamirano escogió para su novela *El Zarco* la época de 1861 – 1863, cuando el país sufría bajo los conflictos internos de los liberales, los conflictos violentos entre éstos y los conservadores, bajo los estragos de los bandoleros y la corrupción e impunidad de las autoridades. Ante el trasfondo de un asunto amoroso relata esta situación política, y mediante símbolos y alegorías claros, Altamirano esboza sus propias posiciones políticas. Algunos ejemplos solamente: Empieza la novela con la descripción de la población de Yautepec, una población "buena, tranquila, laboriosa, amante de la paz, franca, sencilla y hospitalaria", "un

pueblo mitad oriental (es decir, europeo), mitad americano" (Altamirano, 1984: 3). Esta descripción, se la puede entender como un programa político para todo el país, para la nación mexicana entera. Nicolás, el héroe positivo, es indígena, el Zarco – es decir el de los ojos azules, cabello rubio y piel blanca – es el bandolero criminal, asesino, ladrón. De éste y de sus riquezas y alhajas robadas se enamora Manuela, la heroína blanca que prefiere al hombre atractivo y blanco, pero criminal, que al indio tímido pero honrado. Vence el indio sobre el blanco, vence la valentía sobre la cobardía, vence la justicia sobre la injusticia. Mueren los blancos, viven los indios. María del Carmen Millán, en su Introducción a la novela, la califica así:

"Un espejo muy fiel de lo que fue México en un momento dado, con su respectivo marco histórico, que refleja, en imagen elocuente, dónde está la verdad y dónde el error para encontrar el camino cierto que pueda llevar a la reconstrucción de la patria." (Altamirano, 1984: XXII)

Otro de los ejemplos más ilustres de los letrados fue Domingo Faustino Sarmiento, el letrado y literato, autor de los *Recuerdos de Provincia, Campaña en el Ejército Grande, Facundo. Civilización y barbarie*, para nombrar solamente los más conocidos de sus numerosos escritos, pensador político de la Generación del 37, la llamada Nueva Generación, educador, historiador, luchador contra el dictador Manuel Rosas y finalmente Presidente de la Argentina. Es indispensable – aunque no puedo entrar en detalles – mencionar los escritos de Sarmientos en el contexto de las relaciones nacionales; su dicotomía de "civilización" y "barbarie" fue para mucho tiempo el fundamento teórico más influyente en el continente.

¹⁰ Ver también la caracterización crítica del letrado en América Latina en Angel Rama, 1984.

¹¹ Citado según Doris Sommer, 1991: 229.

El género narrativo de la literatura del siglo XIX era sumamente significativo para la formación de las naciones. Pero también la literatura del siglo XX se ocupa de la historia y de la vida política de los respectivos países. Seymour Menton, en su libro sobre la Nueva Novela Histórica, enumera 367 novelas históricas publicadas entre 1949 y 1992 (1993: 11). Alrededor del Quinto centenario del "descubrimiento" del "nuevo mundo", el género de la novela histórica ha experimentado un auge excepcional.

Ante esta proliferación asombrosa, se puede preguntar una vez más cuál es la diferencia entre los historiadores y los literatos y entre textos historiográficos y literarios.¹² Cicerón con su famosa fórmula *Historia magistra vitae* quería decir que la historia "es testigo de los tiempos, luz de la verdad, vida de la memoria, maestra de la vida, mensajera de la antigüedad".¹³ Mientras que los historiadores, pues, dicen la verdad, los poetas, dice Platón, mienten. En cambio, Carlos Fuentes mantiene que:

"[...] el arte da vida a lo que la historia ha asesinado. El arte da voz a lo que la historia ha negado, silenciado o perseguido. El arte rescata la verdad de las mentiras de la historia." (Fuentes, 1976: 82)

En este mismo sentido, Fernando Aínsa, en un ensayo esclarecedor sobre la nueva novela histórica, dice que en ésta

"[...] se vertebran con mayor eficacia los grandes principios identitarios americanos o se coagulan mejor las denuncias sobre las «versiones oficiales» de la historiografía, ya que en la libertad que da

la creación se llenan vacíos y silencios o se pone en evidencia la falsedad de un discurso." (1996: 9-18)

Se ve que los conceptos de la verdad y la mentira, en su aparente maniqueísmo, no nos llevan muy lejos. Con muchos otros estudiosos, pienso que las formas literarias que son las formas más complejas y más reflectadas del actuar lingüístico pueden complementar la historiografía. O, como lo dice Noe Jitrik siguiendo al romántico Vicente Fidel López: "Mediante la imaginación se puede pensar en reconstruir la parte perdida de la historia" (1985: 13-29).

Para el género de la novela histórica hay toda una serie de definiciones¹⁴ pero para nuestro contexto de los relatos nacionales y su índole política o imaginativa podemos contentarnos con la definición más amplia y más trivial: una novela con un tema histórico. Claro que en cierto sentido cualquier novela es una novela histórica puesto que casi siempre refleja algo del trasfondo político y social de la época en la cual se desarrolla el argumento, y más que todo el género de las novelas realistas nos revela mucho de la historia del momento. Pero este trasfondo aparece más sobresaliente e importante en la novela histórica. — Desde hace unos trece años, se discute y analiza la llamada "Nueva Novela Histórica" según la denominación de Seymour Menton. Menton analiza unos ocho rasgos esenciales de la Nueva Novela Histórica; comprimidos en pocas palabras, la Nueva Novela Histórica según Menton retoma la historia despojándola de su aspecto "oficialista" para ponerla bajo la luz de la crítica implacable, de la reinterpretación renovadora.

¹² En 1902, Theodor Mommsen, el historiador alemán, recibió el Premio Nobel de Literatura por ser considerado como el maestro contemporáneo más importante en el arte de la representación histórica, considerando especialmente su obra monumental *Historia Romana*. Theodor Mommsen fue para el estilo literario en lengua alemana tal vez lo que Simón Bolívar fue para el estilo literario en Castellano.

¹³ Cicerón *De la Oratoria*, citado según Fernando Aínsa, 1996: 9.

¹⁴ Ver, p.e., las definiciones reunidas por Seymour Menton 1993, p. 31 ss.

Pero tanto la novela histórica tradicional como la “nueva” reconstruye la parte perdida de la historia de la cual habla Noe Jitrik. Muchos de estos textos forman parte del corpus de las relaciones nacionales porque retomando la historia, proliferándola y llenando las lagunas que ha dejado la historiografía oficial contribuyen a una conciencia nacional aunque ya no en el sentido afirmativo sino crítico.

Voy a dar algunos pocos ejemplos de representaciones de partes perdidas de la historia en novelas históricas:

El ejemplo más famoso, desde luego, son algunas obras de Gabriel García Márquez, conocidísimas y muy leídas. La novela *El general en su laberinto* narra el último viaje de Bolívar por el Magdalena. Son las semanas menos documentadas de la vida de Bolívar. La novela reconstruye esta “parte perdida de la historia” e imagina sucesos, conversaciones, pensamientos, sentimientos, estados de ánimo, recuerdos de su vida – muy subrepticamente se trata también de una biografía – y deja al lector – también al lector perfectamente informado sobre la biografía de Bolívar – convencido de no haber leído nunca una caracterización más humana del Libertador.¹⁵ *Cien años de soledad* refleja, mediante la alegoría de Macondo y más allá de su escritura del “real maravilloso”, toda la historia de Colombia, incluida la Violencia, la “endemia colombiana” como la llama Germán Castro Caycedo (1977: 1). La Violencia la trata García Márquez también en otros textos como p. e., *El Coronel no tiene quien le escriba*, *La mala hora* y otros.

Gustavo Álvarez Gardeazábal es otro autor colombiano que nos ha pintado la esencia misma de la violencia, con su novela *Cóndores*

no entierran todos los días (1979). En la carátula, se la caracteriza muy acertadamente como un “Sugestivo análisis de la violencia, vista como un conflicto de tradiciones arraigadas en la historia de Colombia.” En su “Aclaración necesaria” antes de empezar la novela, el autor dice:

“No hice más que el tradicional oficio del novelista que recrea la realidad que vive o le atormenta en su recuerdo. Puse para siempre en las letras de un libro la historia que se le ha ido olvidando a la patria.” (1979: 7)

Una última mirada un poco más detenida la dedico a An Teresa Torres, una de las grandes autoras venezolanas contemporáneas, nacida en 1945, y que lucha con sus textos contra lo que ella llama “la erosión de la memoria” (1999: 63). En 1992 publica su novela *Doña Inés contra el olvido* que refiere sucesos históricos entre 1715 y 1985, íntimamente ligados a la historia particular de una mantuana y de su familia. La novela pertenece al género de la ficción autobiográfica. La yo-narradora Doña Inés ironiza el discurso historiográfico en general, critica a los historiadores profesionales y cuestiona la enseñanza de la historia que consistiría de fragmentos de la historia patria. Con sarcasmo cuestiona, por ejemplo, la Emancipación, concepto santo de la historiografía venezolana:

“Fue en esta aldea, Alejandro, donde América inventó la emancipación, y ahora puedo decirte que somos cadáveres emancipados [...]” (1992: 74)

Casi la totalidad de la historia oficial de Venezuela y la historiografía quedan ironizadas.¹⁶

¹⁵ Hay un debate interesantísimo sobre el problema de la posible desmitificación del mito bolivariano, o, al contrario, de la mitificación intensificada, por medio de la literatura. Ver Ana Cecilia Ojeda Avellaneda, 2002 y Hans-Joachim König, 2004b.

¹⁶ Ver también Brigitte Köenig, 2005.

Un episodio de estos sucesos – y el único concebido sin ironía alguna – es la Emigración del 7 de julio de 1814, es decir la retirada de 20.000 personas de Caracas que huyen, bajo el mando de Simón Bolívar, de las tropas de Boves con dirección al este, a Barcelona, aquel – cito – “loco viaje que [...] el general Bolívar va a emprender con los desgraciados habitantes de Caracas.” (1992: 57). Ana Teresa Torres relata la Emigración desde su interior; no enfocando a los soldados héroes sino a dos mujeres, a la mantuana Isabel con sus hijos y a su esclava negra Daría. El poder discursivo y la simbolización de la historia nacional queda transferida a mujeres, ellas abandonan la periferia y se posicionan en el centro para corregir las versiones oficiales. La figura de la esclava Daría resulta ser la más importante del episodio, a ella le está dedicada más de la mitad del relato que se extiende sobre unas diez páginas. Esta estructura narrativa simboliza ya el peso que la autora confiere a una figura marginada por su género, su etnia y su estatus social. Se trata de suscitar ficcionalmente discursos alternos que se desprenden de los vacíos de la memoria colectiva y de reintegrar al discurso nacional a aquellos, social y culturalmente marginados.

La autora narra las dificultades del camino, los pobres medios de transporte, la estrechez de las carretas, el hambre, la sed, el lodo y muchos detalles más, entre ellos las violaciones de las mujeres cometidas por los soldados. Este relato de un suceso de las luchas por la independencia se extiende en unas diez páginas. En la historiografía, esta Emigración es tratada con relativa brevedad si se la compara con las descripciones extensivas de las batallas. Sí forma parte del discurso independentista pero sobre todo en su calidad estratégica. Como ejemplo, escojo a Vicente Lecuna (1956) que menciona “obstáculos difíciles de recorrer” como barrizales y escarpados resbaladizos en la montaña de Capaya y “pasos difíciles de río”, haciendo hincapié en el hecho de que Simón Bolívar personalmente en su caballo pasaba

mujeres y niños, pero el relato más bien seco no deja entrever el dramatismo de la Emigración. Por eso, el lector se queda asombrado cuando lee la caracterización concluyente: “La espantosa tragedia de la emigración de Caracas” (Lecuna, 1956: 334).

Para concluir, quisiera abogar por el reconocimiento de los valores de la novela como “testigo de los tiempos, luz de la verdad, vida de la memoria, maestra de la vida”, como definió Cicerón la historia. Así la novela *La guerra y la paz* de Tolstoi sigue siendo la más verdadera descripción de las guerras napoleónicas, a pesar de algunos pequeños errores muy criticados por los historiadores. La nobleza de Prusia, su vida, su pensamiento político y social, la conocemos nosotros los alemanes, antes que nada, a través de las novelas de Theodor Fontane. La sociología de la familia burguesa y comerciante en Alemania no está en ninguna parte mejor analizada que en *Buddenbrooks* de Thomas Mann. Y la vida social en la España del siglo XVI/XVII – ¿quién nos la narra mejor que Cervantes en su *Don Quijote*?

No despreciemos, pues, la imaginación literaria. Los historiadores, juntando sus fuentes, analizándolas, y construyendo sus historiografías, necesariamente tienen que imaginar también mucho. Hayden White (1978) ha escrito su famoso libro sobre este hecho; el título original es “Tropics of discourse”; el título de la traducción al alemán es más expresivo: “También Clio escribe ficciones.” Los relatos nacionales – escritos por historiadores o por literatos – contienen mucha imaginación tanto política como literaria.

Ya se ve que la pregunta ¿imaginación política o literaria? queda prácticamente contestada:

No sólo existen la imaginación política y la literaria lado a lado, sino que las dos se entremezclan en los diferentes géneros y tradiciones discursivas.

Bibliografía

- Ainsa, Fernando (1996: enero-marzo.). "Nueva novela histórica y relativización del saber historiográfico". En *Casa de las Américas*. n° 202. p. 9 – 18.
- Álvarez Gardezabal (1979). *Cóndores no entierran todos los días*. Bogotá. Plaza y Janes Editores. 180 p.
- Altamirano, Ignacio M. (1984). *El Zarco y La navidad en las montañas*. Introducción de María del Carmen Millán. México. Editorial Porrúa S.A. Primera Edición 1901 (concluida la obra en 1888). 125 p.
- Bolívar, Simón (1959). *Obras completas*. Compilación y notas de Vicente Lecuna, con la colaboración de la señorita Esther Barret de Nazaris. Segunda Edición, vol. III. La Habana. Editorial Lex. 944 p.
- Castro Caycedo, Germán (1977). *Colombia amarga*. Bogotá. Carlos Valencia Editores. 199 p.
- Fuentes, Carlos (1976). *Cervantes o la crítica de la lectura*. México. Joaquín Mortiz. 132 p.
- González Echevarría, Roberto (1988: abril-junio.). "Redescubrimiento del mundo perdido: El *Facundo* de Sarmiento. En *Revista Iberoamericana*. vol. LIV. n° 143. p. 385 – 406.
- Jitrik, Noé (1985). "De la historia a la escritura: Predominios, disimetrías, acuerdos en la novela histórica latinoamericana". En Balderston, Daniel (ed.). *The Historical Novel in Latin America. A Symposium*. (Simposio del 14./15./16.11. Talane University). p. 13 – 29.
- König, Brigitte (2005: septiembre). "¿Descolonización de la Historia? El caso de la novela histórica en la región norteamericana". En *Historia y Sociedad*. n° 11. p. 33 – 58.
- König, Brigitte (2006). "La tradición discursiva de la proclama." En Ciapuscio, Guiomar et al. (eds.). *Sincronía y diacronía de tradiciones discursivas en Latinoamérica*. Madrid. Vervuert (Biblioteca Iberoamericana, 107).
- König, Hans-Joachim (2004a). "Zwischen Essay, Erzählung und Mythos. Zur Entstehung der lateinamerikanischen Historiographie im 19. Jahrhundert." En Berg, Walter Bruno et al. (eds.). *Imágenes en vuelo, textos en fuga. Identidad y Alteridad en el contexto de los géneros y los medios de comunicación*. Frankfurt a.M. Madrid. p. 53 – 71.
- König, Hans-Joachim (2004b). "El general en su laberinto, ¿un ataque a la historia patria? En *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura*. n° 31. Bogotá. p. 263 – 280.
- Lecuna, Vicente (1956). *Catálogo de errores y calumnias en la historia de Bolívar*. T. I. Nueva Cork. The Colonial Press, Inc. 407 p.
- Menton, Seymour (1993). *La nueva novela histórica de la América Latina, 1979 – 1992*. México. Fondo de Cultura Económica. 311 p.
- Moraña, Mabel (1995: enero - junio.). "Fructuoso Rivera: Cartas a Bernardina. Escritura y Nación en la cuna de Hércules." En *Estudios*. Revista de Investigaciones Literarias. Año 3. n° 5. Caracas. p. 91 – 124.
- Ojeda Avellaneda, Ana Cecilia (2002). *El mito bolivariano en la literatura latinoamericana. Aproximaciones*. Bucaramanga. Universidad Industrial de Santander. 393 p.
- Pabón, Leonardo García (1995: enero - junio.). "Pueblo y Nación en *Juan de la Rosa*." En *Estudios*. Revista de Investigaciones Literarias, Año 3. n° 5. Caracas. p. 125 – 155.
- Presidencia de la República (1962). *Documentos que hicieron historia. Siglo y medio de vida Republicana. 1810 – 1961*. T. I. "De la Independencia a la Federación". Caracas. Ediciones Conmemorativas del Sesquicentenario de la Independencia. 605 p.
- Rama, Angel (1984). *La ciudad letrada*. Hanover. Ediciones del Norte.
- Restrepo, José Manuel (1969). *Historia de la Revolución de Colombia*. T. I. Medellín. (Primera edición 1827). 413 p.
- Sociedad Bolivariana de Venezuela (1964). *Escritos del Libertador*. Tomo I. Caracas. 539 p.
- Sommer, Doris (1991). *Foundational Fictions. The National Romances of Latin America*. Berkely/Los Angeles/Oxford. University of California Press. 418 p.

Souza, Raymond D. (1988). *La Historia en la Novela Hispanoamericana Moderna*. Bogotá. Tercer Mundo Editores. 199 p.

Torres, Ana Teresa (1999). "Literatura y país: reflexiones sobre sus relaciones." En Kohut, Karl (ed.). *Literatura venezolana hoy. Historia nacional y presente urbano*. Frankfurt/Main, Madrid. Vervuert. p. 55 – 65.

White, Hayden (1978). *Tropics of Discourse. Essays in Cultural Criticism*. Baltimore/London. John Hopkins University Press. p. Xii + 287.

White, Hayden (1986). *Auch Klio dichtet. Die Fiktion des Faktischen. Studien zur Topologie des historischen Diskurses*. Stuttgart. Klett-Cotta. 335 p.